

LOS MAURISTAS O MAURINOS

ANTONIO LINAGE CONDE

Dentro de la serie que tituló «Visiones y comentarios», el 28 de diciembre de 1933 publicó don Miguel de Unamuno en el diario *Ahora* de Madrid el artículo titulado «Machaqueos», en el cual comentaba un párrafo del abate Henri Bremond, en su entonces reciente *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis les guerres de religion jusqu'à nos jours*, relativo a los benedictinos de la Congregación de San Mauro, el cual decía así: «¡Volver a encontrar sus propios pensamientos, sus sentimientos en los textos antiguos, esa era toda la poesía de los mauristas!». Corrientemente se llamaba maurinos en castellano a estos monjes franceses de la Edad Moderna, los cuales llevaron a su cima más alta la erudición de tradición, tanta en su familia religiosa. El rector de Salamanca, aunque llevado por una motivación contingente que en su artículo expresa, prefirió el vocablo de mauristas y a nosotros nos parecería temerario discutir con él de filología.

Por su parte, Balzac, en una de las novelas de su *Comedia humana*, cuando ya había pasado más de medio siglo de la Revolución y sólo los viejos habían alcanzado a conocer a los religiosos del antiguo régimen, opinó de paso que al no haber benedictinos ya no se escribiría la historia de las provincias de Francia, puesto que sólo ellos habrían sido capaces de hacerlo.

Y en una reciente noticia sobre esta Congregación de la Orden benedictina, que duró de 1618 a 1789, un benedictino de Solesmes, dom Jacques Hourlier, refiriéndose únicamente a dos partidas de su legado, ha escrito ¹: «la amplitud y la belleza de sus construcciones hacen de ellas uno de los ornamentos más notables del país, resultando todavía hoy útiles a numerosas administraciones estatales y más raramente a comunidades religiosas. Y la masa de documentos por ellos recogidos constituye una de las grandes riquezas de los depósitos

¹ «Maurini», *Dizionario degli istituti di perfezione*, 5 (1973), coll. 1082-9.

de nuestros archivos; manuscritos de otras épocas que ellos exhumaron, copias y colaciones de su puño y letra, trabajos de erudición de los cuales los que se han quedado inéditos no son inferiores a los dados a los tórculos, a veces en ediciones suntuosas y eruditas siempre, son igualmente tesoros de nuestras bibliotecas².

Las empresas estudiosas de los mauristas duraron tanto como ellos mismos, ya que el primer superior general, dom Grégoire Tarrisse (1575-1648) los orientó ya hacia ese norte, pero en el último medio siglo de su existencia habían decaído un poco, y al principio tardaron naturalmente algo en llegar a un cierto esplendor, de manera que podemos señalar su apogeo entre 1630 y 1730. Su centro intelectual más elevado, como una capital congregacional a esos efectos, estaba en Saint-Germain-des-Prés de París³. Y por supuesto, que el número de monjes dedicados a tales tareas era una minoría muy pequeña, que además trabajaba agrupada en torno a unos muy escasos promotores con una vocación muy polarizada y sucediéndose en el tiempo de una manera espontánea, aunque con la aprobación de los órganos de la autoridad. Esa era la gran diferencia entre ellos y los Bolandistas; éstos, un pequeño grupo de jesuitas residentes en Bruselas y que se reclutaban *ad hoc* en su Compañía y eran relevados generacionalmente con arreglo a un programa prefijado.

Su ideal inspirador era la exhumación de su propio pasado, a fin de poder vivir plenamente la herencia de sus antepasados espirituales, una historia que ellos no veían como ida definitivamente, sino cual sustancia de su propia existencia monástica⁴. Y como los textos que

² La bibliografía de los escritos de los benedictinos mauristas era tan copiosa que ya en su tiempo suscitó el deseo de recopilarla, lo cual llevó a cabo dom Bernhard Pez en su *Bibliotheca Benedictino-Maurina* (Augsburgo, 1716), dando lugar a una réplica de un maurista en sentido jansenizante, dom Philippe Le Cerf de la Vieville, *Bibliothèque historique et critique des auteurs de la Congrégation de Saint-Maur* (La Haya, 1726). La base sigue siendo la *Histoire littéraire de la Congrégation de Saint-Maur, ordre de Saint Benoît*, de dom René-Prosper Tassin (Bruselas, 1770), existiendo un suplemento de U. Robert (París, 1881, *Cabinet historique*, 27, 2.°, 83-132 y 164-211) y un nuevo suplemento de U. Berlière (con notas de H. Wilhelm, utilizándose otras de dom Du Bourg; París, 1908). Es útil el manejo de la *Bibliothèque des écrivains de la Congrégation de Saint-Maur*, de Ch. de Lama (Munich, 1882; reimp., Slatkine, Ginebra, 1971).

³ E. DE BROGLIE, *Maillon et la société de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés, 1665-1707* (2 tomos; París, 1888); él mismo, *La société de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés. Bernard de Montfaucon et les bernardins* (2 tomos; París, 1891).

⁴ Cfr. A. LINAGE CONDE, «Dos momentos en los estudios de los monjes: los mauristas y la teología monástica de nuestro siglo», *Ponencias de la Primera Semana Monástica. Sevilla, 5-10 de octubre de 1987* (Parroquia de la Sagrada Familia; Sevilla, 1988), 365-81.

a lo largo de la Edad Media habían nutrido ésta eran, sobre todo, los de los Padres de la Iglesia, anteriores a los teólogos escolásticos, que ya portagonizaron un estadio distinto en la historia de la literatura y las ciencias sacras, de ahí que se ahincaran sobre todo en la patristica, editando, y en la historia monástica *tout court*.

Para la puesta en práctica de sus obras⁵, los mauristas se relacionaban personalmente con los otros estudiosos seculares y eclesiásticos —la tertulia después de las vísperas en Saint-Germain era una genuina academia donde se daba noticia y discutía de cualquier novedad sugida en aquella Europa selecta, de San Petersburgo a Coimbra—; una correspondencia voluminosa que felizmente sigue llenando todavía muchos legajos⁶, y los que llamaron *viajes literarios*, relato de sus visitas a los archivos y bibliotecas europeas, incorporando la transcripción incluso de sus piezas más llamativas, aparte las descripciones de muchas más, un género en el cual tenemos en cambio rara vez la posibilidad de captar el detalle íntimo o el comentario pintoresco, si bien por eso resultan más estimables cuando aparecen. A decir verdad, el primer viaje literario había sido el de dos bolandistas, Henskens y Papenbroch, a lo largo de dos años, por Italia, Francia y Alemania, emprendido en Amberes en julio de 1660. Y su *chef d'oeuvre* sería el de los mauristas dom Jean Mabillon en 1680 y dom Edmond Martène poco después.

David Knowles⁷ ha clasificado en cuatro períodos los trabajos y los días de los benedictinos de san Mauro: el de las iniciativas individuales o pre-Mabillon, de 1640 a 1665, en el cual ya aparece la figura dominante de dom Luc d'Achery (1609-85), quien pasó casi toda su vida en la enfermería, pero logrando llevar a ella los afanes eruditos de la casa y de fuera; el de Mabillon, de 1665 a 1707, que además de las grandes obras de su protagonista es el de la edición de los padres latinos; el de Montfaucon y Martène, el primero las de los padres griegos y el segundo las fuentes litúrgicas sobre todo; y el de las postrimerías, con el predominio de la historia profana y algunas tentativas que no llegaron a cogüelmo por haberse interpuesto

⁵ M. LAURAIN, «Les travaux d'érudition des mauristes. Origine et évolution», *Mémorial du XIV^e centenaire de l'abbaye de Saint-Germain-des-Prés* (Paris, 1959), 231-71; y H.-J. MARTIN, «Les bénédictins, les libraires et le pouvoir. Notes sur le financement de la recherche au temps de Mabillon et de Montfaucon», *ibid.*, 273-87.

⁶ P. GASNAULT, «La correspondance des mauristes aux XVII^e et XVIII^e siècles», *Sous la Règle de Saint-Benoît. Structures monastiques et sociétés en France du moyen âge à l'époque moderne* (Paris-Ginebra, 1982), 293-302.

⁷ «The Maurists», en *Great historical enterprises and problems in monastic history* (Londres, 1963), 35-62.

la exclaustación revolucionaria y en las que ya se sentía el palpito de las enciclopedias posteriores.

El programa concreto consistía, de una parte en escribir la historia de la Orden y la hagiografía de sus santos; y de otra, en la exhumación de los textos olvidados y la edición crítica de los inseguros, pertenecientes a los que podríamos llamar padres monásticos, por haber alimentado aquella teología contemplativa que precisamente luego se ha llamado monástica en una cierta contraposición a la escolástica, y de cuya entidad y vicisitudes de la noción no tenemos aquí huelgo para tratar.

Y por supuesto que no vamos a dar un inventario, que por otra parte está hecho, si bien es mucho lo que de los mauristas queda por saber⁸. Notemos sólo que dom Hugues Ménard († 1644) comenzó la tarea editorial, con un martirologio benedictino (1629), el *Codex Regularum* de Benito de Aniano (1638), el Sacramentario Gregoriano de Corbie (1642), y la Epístola católica de san Bernabé, que se cuidó de que le apareciera póstuma dom D'Achery (1645) el cual, por su parte, entregó a los tórculos trece tomos misceláneos, el *Spicilegium*⁹ (1655-77); además de a Lanfranco (1648) y a Guiberto de Nogent (1651). Y su nombre figura en las *Acta Sanctorum* de Mabillon, cuyo primer tomo no apareció hasta tres años después de su muerte, con lo cual nos empalma por derecho propio con la etapa sucesiva que es la áurea.

La obra completa de Mabillon (1632-1707)¹⁰ escapa también a nuestro argumento en esta noticia, circunscrita a la erudición maurista. Ni siquiera de su fundamentación de la ciencia paleográfica, en *De re diplomatica*, diremos, como tampoco de la fluidez, elegancia y solidez de su latín; tal el de la dedicatoria a Luis XIV de la edición de san Agustín, por cierto, compuesta en una noche. Consig-

⁸ Dom Martial Besse fundó el 1905 en Ligugé la *Revue Mabillon*, dirigida sobre todo al conocimiento de éstos, pero en el último medio siglo había decaído mucho la atención tendente a continuar los impulsos anteriores. Acaba de cambiar decisivamente el panorama con la publicación del primer tomo de la visión de conjunto, con muchos datos y el estado de la cuestión, de dom Y. CHAUSSY, *Les bénédictins de la Congrégation de Saint-Maur* (París, 1989). Sobre los problemas bibliográficos involucrados, puede verse nuestra bio-bibliografía de dom Chaussy, en *Studia Monastica* 33 (1991), 145-51.

⁹ *Veterum aliquot scriptorum, qui in bibliothecis maxime Benedictinorum latuerant, spicilegium*.

¹⁰ Lista de sus obras en J. BAUDOT, *Dictionnaire de théologie catholique*, 9,2, coll. 1437-8; y J. LECLERCQ, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, 10, 1, 427-724.

nemos¹¹ pues que , en cuanto a la actividad editora, hizo la de san Bernardo (1667); prosiguió el acopio misceláneo en sus *Vetera Analecta* (1675-85); como en las relaciones de sus viajes, *Museum Italicum* (1687-9) y *De liturgia gallicana* (1685). Y sobre todo llevó a cabo las anheladas historias de la Orden, *Annales Ordinis Sancti Benedicti*¹² (1703-32, póstumos los dos últimos tomos); y de sus santos, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti* (1668-1701).

Del resto de las ediciones patrísticas latinas, diremos sólo de la de san Agustín, «el Versailles de la erudición» que la ha llamado dom Jacques Hourlier. Ya nos dirá algo que el 19 y el 20 de abril de 1990 se celebró en París un Congreso exclusivamente dirigido a conmemorar su tercer centenario, pues había tenido lugar de 1679 a 1690¹³.

Dom Martène prosiguió la tarea miscelánea, *Veterum scriptorum... collectio* (1700); y, sobre todo, editó fuentes litúrgicas y estrictamente monásticas, *De antiquis ecclesiae ritibus* (1700-2) y *De antiquis monachorum ritibus* (1690); éstos últimos, de interés incluso para conocer muchas observancias peculiares aún en vigor en su época y de las que al ser aventadas por la exclaustración integral no quedó otra huella. Todavía al otro lado del Océano, el popular cisterciense norteamericano Thomas Merton, se congratulaba como monje de la supervivencia de esos testimonios, para una época demasiado denostada. Dom Martène murió en 1739 y hasta 1773 le sobrevivió dom Ursin Durand, su compañero, en el *Voyage littéraire de deux religieux bénédictins de la Congregation de Saint-Maur* (1717-24), siendo también producto de su colaboración el *Thesaurus novum anecdotarum* (1717) y nueve volúmenes más (1724-33) de la *Veterum collectio*.

¹¹ Los dos volúmenes de H. LECLERCQ, *Mabillon* (París, 1953 y 1957), fueron alterados y mutilados por el editor y, además, el autor había debido simultanearlos con la redacción solitaria de los dos últimos volúmenes de su *Dictionnaire d'archéologie*, que acabamos de citar. Buena visión en D. KNOWLES, «Jean Mabillon», *The Journal of ecclesiastical history*, 10 (1959), 153-73 (reimp. en *The historian and character*, Cambridge, 1969, 213-39).

¹² M. LECOMTE, «La publication des "Annales"», *Mélanges et documents publiés à l'occasion du 2^e centenaire de la mort de Mabillon* (Ligugé-París, 1908), 225-78.

¹³ Además de las actas de la mesa redonda en cuestión, podemos acudir a J. DE GHELLINCK, «L'édition de saint Augustin par les mauristes», *Nouvelle revue théologique* (1930), 765-75 (reimp. *Patristique et Moyen Âge*, Gembloux, 1948, 3, 339-84); y R. C. KUKULA, «Die Mauriner Ausgabe des Augustinus: ein Beitrag zur Geschichte der Kirche in Zeitalter Ludwigs XIV», *Sitzungsberichte der kaiserlichen Akademie der Wissenschaften, Wien, Phil. Hist. Klasse*, 121-5 (1890), 122-8 y 122-9 (1891), 127-35 (1892) y 138-45 (1898). Hay que tener en cuenta que la edición tenía problemas teológicos agudos, por lo estridente entonces de la cuestión jansenista. Las actas: *Troisième centenaire de l'édition mauriste de Saint Augustin* (Collection des Études Augustiniennes, Série Antiquité-127; París, 1990).

Pero ya era la época de dom Bernard de Montfaucon, quien sólo sobrevivió dos años a dom Martène. Editó a san Atanasio (1698, y de nuevo junto con Eusebio de Cesárea y Cosme el Egipcio, 1706), y al fin a san Juan Crisóstomo (1718-38), dejándonos además de la *Paleographia graeca* (1708), las *Analecta graeca* (1688) y el *Diarium Italicum* (1702)¹⁴.

Y nos quedan ya sólo por mencionar esas grandes colecciones de «la materia de Francia», en pro de las cuales tanto echaba de menos Balzac¹⁵ a los buenos benedictinos. Se trata de la *Gallia Christiana*, que había comenzado a publicarse como un mero episcopologio en 1626, y que en 1710 la Asamblea del Clero encargó a los mauristas continuaran haciéndolo ellos como un exhaustivo inventario de la iglesia territorial y la regular. Aparecieron trece tomos, de 1715 a 1785, para las provincias de Aix a Tréveris, por orden alfabético. El *Recueil des historiens des Gaules et de France*, que también tenía precedentes desde 1636, fue tomado también a su cargo por los mauristas en 1711, saliendo diez tomos al cuidado de dom Martin Bouquet, de 1738 a 1757, éste ya póstumo, y uno más en 1767 fruto de la colaboración de varios de ellos. Y en cuanto a la *Histoire littéraire de la France*, los doce tomos publicados, desde 1733 a lo largo de treinta años, hasta su muerte en 1749 obra de dom Antoine Rivet de la Grange, y llegando hasta el siglo XII. Después de la exclaustración, la *Gallia* fue completada por individuos particulares; de las otras dos colecciones se hizo cargo la Academia de las Inscripciones, contándose entre los distanciados participantes en la última por ejemplo Renan y Gaston Paris. Cuando se restablecieron los benedictinos en Francia, al fundarse Solismes, Guizot pretendió continuaran la *Gallia*, pero no contaban con suficientes monjes para ello.

Como se ve, una de las notas de esta última etapa era la intensificación de la historia profana en detrimento de la sacra. Sin embargo dom Denis Labat emprendió la edición completa de los concilios y sínodos de Francia. La casa Didot publicó el primer volumen en 1789. Y había comenzado la impresión del segundo cuando sobrevinieron los acontecimientos que todos conocemos. Se había llegado a la columna seiscientos ochenta exactamete cuando se decretó su venta para papel. A la biblioteca de la Universidad de Gante ha ido a parar uno de los poquísimos ejemplares parciales que se salvaron y sin portada.

¹⁴ Tampoco nos ocupamos del resto de la obra de Montfaucon; falta su biografía; cfr. «Les manuscrits de la reine de Suède au Vatican: réédition du catalogue de Montfaucon et cotes actuelles», *Biblioteca Apostolica Vaticana*, «*Studi e Testi*», 238, 1964).

¹⁵ Para sus aportaciones particulares a la historia regional, M. LECOMTE, *Les benedictins et l'histoire des provinces aux XVII^e et XVIII^e siècles* (Ligugé, 1928).

Y así las cosas, el nuevo siglo del nuevo régimen ya, en principio sin benedictinos, iba también a ser muy distinto en estos dominios eruditos, los eclesiásticos incluidos. De una parte se podía aspirar a ediciones integrales de conjuntos de fuentes. De otra a la exposición compendiada de todo el saber de cada materia. Cuando en 1893 le preguntaron a Julio Verne por el secreto de su documentación científica, respondió haber tenido la suerte de entrar en el mundo en un momento en que existían diccionarios sobre todos los temas posibles¹⁶.

Curiosamente, sendos prototipos de esas dos empresas, con los tesoros de la Iglesia por argumento, iban a tener también alguna conexión con los nuevos monjes de la restauración. La inmensa compilación de los padres, *Patrologia Latina* y *Patrologia graeca*, obra de la tenacidad de un cura bretón, una supervivencia en cuanto ha ligado su nombre individual a la vasta empresa, el Migne¹⁷; se pensó en un principio fuera dirigida y asumida por los benedictinos de Solesmes y concretamente por el futuro cardenal Jean-Baptiste Pitra¹⁸, quien precisamente publicaría algunas misceláneas, sobre todo con temas de las iglesias bizantinas recurriendo al título tradicional allí de *Spicilegium* como hemos visto. Y un retoño de la comunidad solesmense al otro lado del Canal de la Mancha, en Farnborough, una fundación de la emperatriz Eugenia de Montijo para mausoleo familiar, y concretamente dos de sus miembros, dom Henri Leclercq y dom Fernand Cabrol, iban a llevar a cabo titánicamente en solitario el entero *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*. En nuestro siglo ya, está en curso de publicación algo así como la edición crítica del Migne, el *Corpus Christianorum*, radicado también en un monasterio benedictino, Steenbrugge, pero con predominio de los colaboradores seculares. En todo caso, tenía razón Honorato de Balzac. Los mauristas no volverían. Pero ahí está su herencia¹⁹.

¹⁶ Entrevista con Robert Sherard, «Jules Verne at home. His own account of his life and work», *McClure's Magazine*, II, 2 enero de 1894.

¹⁷ A. G. HAMMAN, «Jacques-Paul Migne. Le retour aux Pères de l'Église» (París, 1975), *Migne et le renouveau des études patristiques, Actes du Colloque de Saint-Flour, 7-8 juillet 1975* (ed. A. Mandouze y J. Fouilheron, París, 1985).

¹⁸ Totalmente olvidado este interesante personaje desde hace tres cuartos de siglo, acaba de aparecer sobre él un estudio muy sugestivo, el de J.-P. LAURANT, *Symbolisme et Écriture, le cardinal Pitra et la "Clef" de Méliçon de Sardes* (París, 1988; notable el prólogo de Emile Poulat).

¹⁹ Resulta de lectura muy atrayente el cap. 20 de la obra de dom Cuthbert Butler, *Le moachisme bénédictin* (excelente versión francesa, París, 1924), sobre los estudios benedictinos y los mauristas concretamente. Y a propósito de Mabillon recordaremos que dom Jean Leclercq ha opinado que en su obra se encuentra toda la materia monástica que los estudios posteriores han desarrollado y pueden seguir haciéndolo.